

Mamá está nerviosa. Dice que no pasa nada, que no importa que se enfríe la cena, que vamos a jugar a un juego. A mí me encantan los juegos.

—Vamos a hacer una cosa —dice muy flojito, cogiéndome en brazos y llevándome hasta la habitación—. Tienes que quedarte muy quieto y sin hacer ruido.

Sonríe, pero no está contenta. No me gusta este juego. Oigo el ruido de las llaves. Ella tampoco quiere jugar.

—Si consigues que papá no te vea, mañana te compro los cromos de fútbol.

Mis amigos tienen muchos cromos. Tengo que ganar.

Mamá cierra la puerta de la habitación justo en el momento en el que entra papá. Me voy a tapar la boca por si acaso tiene superoído y me oye respirar. Aunque mami ya ha pensado en eso, porque la estoy oyendo hacer mucho ruido: tira platos, golpea muebles, ¡hasta grita! ¿Papá sabe que estamos jugando? ¿Por qué grita también? No me gusta que le diga cosas feas a mamá. No me gusta.

Abro un poquito la puerta y pego el ojo a la ranura. Mami está en el suelo. Se ha hecho mucho daño, seguro, porque nunca la veo llorar.